

acción política contra la voluntad, ó sólo sin el asentimiento de sus compañeros. El diputado social-demócrata no es, como tal, un hombre libre—por duro que pueda esto sonar al oído—sino un simple mandatario de su partido. Si sus ideas llegan á contradecir á las del partido, debe dejar de ser su representante.

Rittinghausen y Lothar Bucher se dolían de que el parlamentario de hoy ne sea ya el mandatario de sus electores, en el sentido en que el miembro de los Estados generales lo era á fines de la Edad Media. Resucitar á los diputados ligados como en otro tiempo á su ciudad ó á su corporación, es imposible. Esto estaría en contradicción con el Estado moderno, que de este modo se revolvería en una simple federación de pequeñas comunidades soberanas (circunscripciones electorales).

El mandato del parlamentario de hoy tiene otro sentido: no es el mandatario de su comité electoral, pero sí, sino formalmente, á lo menos de hecho, el mandatario de su partido. Sin embargo, esto es más cierto respecto de la Democracia Social que respecto de otro partido cualquiera. Y mientras que en los otros la disciplina de partido es la de un corrillo que domina á la masa incoherente de los electores, en la Democracia Social es la de una organización que abraza todo el conjunto del proletariado consciente y militante y que cada día se extiende más sobre la masa de las clases laboriosas.

De este modo el diputado socialista vuelve á á ser lo que fué el diputado elegido de los Esta-

dos hace algunos siglos, un mandatario del pueblo; no el mandatario de una pequeña comunidad, sino el mandatario de un partido que se extiende sobre el dominio del Estado entero, que se esfuerza en que en su seno quede comprendida la totalidad de los trabajadores. Allí en donde el proletariado se organiza como un partido distinto, consciente de sí mismo, y que como tal toma parte en la lucha parlamentaria, deja de ser una de estas clases que pueden esperar verse engañadas y traicionadas por sus representantes parlamentarios en todas las ocasiones importantes. Como la prensa, la corrupción en el Parlamento encuentra un dique resistente en la organización y disciplina del proletariado militante. No hay partido alguno que tenga á sus elegidos tan sujetos, y pueda contar tan seguramente con ellos como el partido socialista.

Y replica el adversario del parlamentarismo, que todo eso puede ser exacto. Pero que sin embargo, en un punto estará siempre el proletariado en estado de inferioridad respecto de las clases poseedoras: á consecuencia de su dependencia económica en la sociedad actual, no podrá jamás llegar á escoger con entera libertad á sus diputados. Millares y millares de electores, en cada elección, y por los medios más diversos, presiones, corrupción, intimación, violencia directa, etcétera, son forzados, no sólo á rehusar sus votos á los mejores defensores de sus intereses, sino á darlos á sus adversarios, bajo la dominación del capitalismo; es, pues, tontería el esperar efectos, por secundarios que sean, de una participa-

ción del proletariado en las elecciones parlamentarias (26).

Claro que no es nuestra intención contestar que la dependencia económica de los obreros no sea un serio obstáculo en las luchas electorales y que no les impida desplegar su fuerza entera. Pero sí negamos del modo más decidido que esta desventaja sea inherente sólo á las luchas electorales. Cualquiera que sea el camino que tome el proletariado para mejorar su suerte y conseguir una influencia mayor en la sociedad, el capital y el Estado se le atravesarán y emplearán todos los recursos de su poder para refrenar su marcha hacia adelante.

¿Creén los partidarios de Rittinghausen que la acción del pueblo sobre un proyecto de ley

(26) Cuanto más tiempo dure el parlamentarismo en un país, pensaba Rittinghausen en 1869, más «descoronamiento creciente y circunspección calculadora en las filas de los demócratas» producirá. «Bajo la dominación de una ley electoral cualquiera, cada nueva asamblea legislativa, sólo puede ser peor que la precedente.» Cada trabajador sabe que su voto por tal ó cual candidato, que hasta la elección de este candidato, puede apenas tener influencia en la fuerza del partido democrático en la asamblea; pero que las desventajas que — gracias á la policía del Estado, ó de sus dueños, ó de la Iglesia — puedan resultar de su voto para consigo mismo, no acertarian á quedar neutralizadas por las ventajas que su partido pudiera obtener de una buena elección. En resumen, se abstiene de votar, sobre todo en las pequeñas ciudades, en donde la autoridad vigila á todo el mundo estrechamente, conoce á cada elector y sabe no perderle de vista (*Les fondements chancelants du système représentatif*, p. 23).

sufriría menos influencia que la acción sobre la elección de los diputados? ¿O, para considerar un aspecto de la acción proletaria, desde luego ajeno á la política, que el movimiento sindical no sería detenido y atascado á cada vuelta de calle, por medidas vejatorias, por oscuras maquinaciones, etc.?

Si, pues, el reproche dirigido al Parlamentarismo fuese justificado, sería la condenación á muerte de la masa proletaria en general, ó por lo menos de todas sus formas eficaces.

Mas no puede sostenerse que en las elecciones sean sometidos los obreros á una presión mayor que en las otras manifestaciones de la lucha de las clases; al contrario. Por lo menos para el acto más decisivo de la lucha electoral, para la votación, puede impedirse la presión de una manera absoluta, por así decirlo, por medio del voto secreto, que en casi todos los países parlamentarios, por no decir en todos, existe en una forma plenamente eficaz. El voto secreto hace que el obrero sea más independiente en las elecciones que en otra forma cualquiera de la lucha de las clases. Hasta en Alemania, en donde los medios de garantía para asegurar el secreto del voto son mucho menos seguros que, por ejemplo, en Inglaterra, pueden votar sin dificultad á un socialista muchos que no osarían formar parte de un sindicato ni siquiera leer un periódico socialista (27).

(27) Una prueba de la inteligencia con que Bucher, considera el lado del Parlamento que toca al proletaria-

En una palabra, cualquiera que sea el lado por el que miremos al sistema representativo, no podremos admitir que ocasione perjuicios al proletariado y que éste tenga razón para separarse del Parlamento; el Parlamento es el corazón de nuestra vida política, y debe serlo necesariamente en la sociedad actual.

La misma burguesía no diría ya, con Rittinghausen y sus partidarios, que el sistema representativo en sí, en todas sus formas, hasta en la forma democrática, le asegurase la dominación.

En el tiempo en que Rittinghausen concebía su proyecto de legislación directa, y hasta más tarde, cuando Bismarck se adhirió al sufragio universal (para fundar la federación de la Alemania del Norte, en 1867), podía aún considerarle como inofensivo.

Entre los grandes Estados europeos, sólo uno, Francia, había hecho la experiencia del sufragio universal, y esta experiencia era singularmente tranquilizadora. Lo que se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que los electores fran-

---

do, es el poco caso que hace del voto secreto. «Los electores que sólo en secreto quieren votar á sus candidatos, les hacen saber de este modo que si bien le mandan al combate, no pueden sostenerle en él.» (*Le Parlamentarisme*, p. 110). Olvida que los proletarios aislados no son nada; unidos lo son todo. En las urnas el proletario vota como individuo, pero detrás de los representantes del proletariado, en el Parlamento, se sostiene, no una masa de individuos sin lazos de unión, sino una masa compacta, bien organizada.

ceses eran entonces, en su gran mayoría, campesinos. Los obreros estaban dispersos, abatidos y desmoralizados para mucho tiempo por las jornadas de Junio. De entre ellos, una parte despreciaba el sufragio universal, porque creía, prisionera de las tradiciones jacobinas, llegar más fácilmente á la conquista de los poderes públicos por convulsiones callejeras que por la papeleta de votar, y porque se figuraba que el empleo del sufragio universal le alejaría de esta conquista y le fallaría; otra parte dejaba á un lado en su conjunto á toda acción política y quería arrancar á la vieja sociedad de su lecho por medios exclusivamente económicos. En fin, entre los firmes partidarios del sufragio universal, estaban en gran número los que se ponían á remolque de la democracia burguesa. Un partido obrero, distinto, que se sirviese del derecho del sufragio consciente y metódicamente, como de un arma, en el combate de emancipación del proletariado, no existía en Francia, y en consecuencia, el sufragio universal no podía desarrollar su acción revolucionaria sirviéndose del Parlamentarismo.

Las apariencias del Parlamento bajo Napoleón III no eran á propósito para interesar tampoco á los trabajadores. Enfrente de los cuerpos legislativos del Imperio francés, sobre todo al principio, los derechos del Reichstag alemán parecían respetables.

Las experiencias que el segundo Imperio francés hizo del sufragio universal no se prestaban á inspirar apreciación alguna á Bismarck ó á Dis-

raëli, en 1867, á propósito de una extensión del derecho de votar.

Pero las consecuencias que la extensión del sufragio—que en Inglaterra no es aún universal—ha producido con el tiempo, en Alemania y en Inglaterra, empiezan á abrir los ojos á las clases directoras. En Inglaterra ha puesto ya á uno de los grandes partidos que hasta ahora turnaba en el gobierno del reino, en plena dependencia de los trabajadores. En Alemania, á pesar de las dificultades—negación de la inmunidad parlamentaria, mala protección del derecho de votar, limitación de la edad, que se aumentó para el elector, y sobre todo, mantenimiento de una antigua repartición de las circunscripciones electorales por la cual, las grandes ciudades revolucionarias, de rápido crecimiento, se designaban en favor de la campiña despoblada y reaccionaria, á pesar de todos estos obstáculos, el sistema electoral actual ha hecho de la Democracia Social uno de los partidos más poderosos del Imperio; sólo es cuestión de tiempo, el que—aun con este sistema—llegue á ser, por el número de sus diputados, el partido más fuerte. En realidad, las esperanzas de la burguesía en Alemania no descansan ya sobre el Parlamentarismo; ya no cree que este sistema haya de asegurarle la dominación en toda circunstancia; sus esperanzas descansan sobre la debilidad del Parlamentarismo alemán, quiero decir, sobre la dominación de hecho en Alemania, del absolutismo y del militarismo.

Hasta en Francia, en donde la participación

del partido socialista en las luchas electorales es tan reciente, y en donde tan trabada está por las tradiciones históricas, empieza la burguesía á temblar ante el sufragio universal. Hace poco tiempo, era aún el estribillo favorito de los politicastros burgueses el de que los obreros debían servirse de la papeleta de votar. No era por la violencia, sino por el sufragio, por donde debían esforzarse en dar derecho á sus «legítimas» reivindicaciones. Hoy día, muchos de los políticos de la burguesía francesa preferirían ver á los obreros levantando barricadas que tomando parte en las luchas electorales. De aquel modo se desembarazarían de ellos con mucha mayor facilidad.

Hoy, ningún gobierno concede el sufragio universal á gusto. Toda extensión del derecho de votar á la clase obrera es combatido ahora por la burguesía, y esto sólo se debe al *temor* de que donde existe el sufragio universal no pueda vérsese abolido. Pues si la burguesía ha llegado á comprender cuán lleno de peligros está para ella, el proletariado de todos los países sabe también qué poderosa es el arma revolucionaria que posee en sí mismo. Si Rittinghausen y sus partidarios tuviesen razón, sería trabajo perdido para la clase obrera dar un solo paso hacia el sufragio universal, ó sea hacia el derecho de participar en la vida parlamentaria. Y por el contrario, vemos en casi todos los países librarse las más vivas luchas alrededor de este sufragio. El proletariado no retrocede ante los mayores esfuerzos ó sacrificios para conquistarlo, allí en donde se

le rehusa, como se ha visto recientemente en Bélgica, y en Austria, de un modo tan ruidoso. Y cualquier tentativa de quitar este derecho á los trabajadores alemanes, será para el Imperio la señal de una terrible catástrofe.

Es preciso estar ciego en política para sostener que el sistema representativo asegure aún bajo el reinado del sufragio universal, la dominación de la burguesía, y que para volverla del revés, se necesita desde luego apartarse de este sistema. Se ve ya de un modo manifiesto, que un régimen realmente parlamentario puede ser el instrumento de dictadura del proletariado como lo ha sido de la burguesía. No abolir el parlamentarismo, sino destruir el poder de los gobiernos en cuanto se oponga á los Parlamentos, al mismo tiempo que abrir al proletariado un camino tan largo como sea posible hacia los Parlamentos, por una repartición equitativa de las circunscripciones electorales, por la protección del voto secreto, por cortas sesiones parlamentarias, por una libertad completa en la prensa, en las reuniones y en las asociaciones, ante todo, por la extensión de la capacidad para votar á todos los habitantes del Estado que hayan cumplido veinte años, he aquí cuál es el más importante de los deberes de la clase obrera en la lucha por la conquista de los poderes públicos.

En parte alguna conseguirá de una vez sola la plena posesión del poderío político. El paso más decisivo de la revolución proletaria, en los países realmente parlamentarios, es la conquista del sufragio universal; en los países en que sólo

hay apariencias de parlamentarismo, otro deber importante incumbe al proletariado: la conquista de un régimen plenamente parlamentario.

Las ideas de Rittinghausen sobre la legislación directa por el pueblo pudieran paralizar y descarrilar del peor modo al proletariado, en estas luchas. Son una «monomanía» poco peligrosa allí en donde la democracia esté establecida de un modo sólido; pero su propagación ha de rechazarse resueltamente allí en donde el proletariado tenga aún que luchar para entrar en el Parlamento ó para defender sus derechos contra un gobierno todopoderoso.